

La responsabilidad de los 18 años

EN Francia, la mayoría de edad está establecida en los 18 años. Lo mismo ocurre en Italia, en Gran Bretaña y en Alemania Federal, por citar las naciones más importantes de occidente. Nada, pues, tan lógico como que en España la mayoría de edad civil se haya establecido en los 18 años también, aunque en este caso por razones más bien coyunturales: en efecto, no puede separarse lógicamente la circunstancia del referéndum constitucional y la de esta modificación civil que incorporará al censo un millón y medio de nuevos votantes. Pero lo importante es que las coyunturas pasan y los hechos quedan.

La verdad es que ya existían en España «mayorías de edad» que nada tenían que ver con la civil de 21 años. Por ejemplo, la mayoría de edad laboral, fijada en los 18 años; la automovilística —que no es desdeñable— en la misma edad; la penal, en los 16. Natural era, por tanto, que la mayoría en el Código Civil se equiparase a las anteriores, ya que si un joven tenía capacidad «per se» para firmar un contrato de trabajo, también la debe tener para disponer de su salario y sus bienes. En este sentido, poco hay que objetar a una medida que se iba haciendo inevitable a causa de la evolución social y cultural de los jóvenes españoles, dueños hoy en su mayor parte de unos caudales de conocimientos —o como mínimo de unas posibilidades de información— que ni siquiera podían soñar los hombres de 23 años cuando la mayoría civil estaba fijada en esa edad. Los elementos indispensables para poder juzgar con acierto están en sus manos, y todo hace suponer que la reforma ha abierto el camino a una juventud más ágil de espíritu, más comprometida con el futuro y, en consecuencia, más responsable.

Pero si esto parece que va a ser así en el terreno civil, ¿ocurrirá lo mismo en el terreno político? Introducir un peso de millón y medio de votos en el referéndum, en las municipales y en las posibles legislativas, ¿puede desequilibrar la balanza —y hasta la lógica— de los partidos, haciendo inútiles sus previsiones de estos años? Esta es una pregunta capital: ¿cómo van a reaccionar los muy jóvenes ante la opción política?

Hay que contestar, ante todo, que no tenemos en España el menor dato que nos pueda servir de orientación, pues jamás aquí los jóvenes han votado a los 18 años, y sólo podemos guiarnos por una serie de factores que con seguridad influirán en las decisiones de la juventud: la enseñanza universitaria y el problema del primer empleo, por ejemplo, llevarán muchos votos a un sector o a otro, según los partidos los manejen, confiemos que con responsabilidad y sin demagogia. Si a estos factores, que no son los únicos, añadimos el idealismo de la juventud, su sentido generalmente radical de las soluciones y aún la «rebelión» de muchos ante las ideas de sus padres, tendremos un cuadro político altamente complejo ante el que no valen las previsiones. Valen, sí, las esperanzas.

No obstante, tenemos algunos datos sobre la conducta de los muy jóvenes en algunos países extranjeros que ya han vivido la experiencia. En Alemania y los países nórdicos, donde ya existen estadísticas fiables, se inclinaron al principio hacia la izquierda, pero luego parecieron sopesar todas las posibilidades y dieron gran parte de sus votos al centro y aun a la derecha. Nadie está facultado para creer, por tanto, que los muy jóvenes no analizan; este millón y medio de votos primaverales que van a nacer, paradójicamente, en las urnas de diciembre estarán marcados por el signo de la responsabilidad. Los jóvenes saben que mañana van a encontrar el futuro que hoy ellos mismos se fabrican, sea de una opción política u otra, que todas merecen reflexión y respeto en el campo de la democracia. Como respeto merecen los que ahora, con la mayoría de edad, se incorporan a las responsabilidades públicas, para que nadie —sea del signo que sea— trate de manipularlos con aparatosas demagogias de cartel, con gritos de profeta o con conspiraciones de esquina. En su primer día político, los jóvenes saben muy bien que siempre habrá interesados en que después del primer día venga la primera noche.

Y en evitarlo está su responsabilidad.

El colesterol es una ideología

Las perplejidades del enfermo

YO todavía tengo algo así como un «médico de cabecera»: buen médico y buen amigo, que se preocupa de mi salud tanto o más que yo. Mi problema personal, de momento, no parece demasiado grave. Eso sí: me siento muy desgastado por los años y por algunos abusos, tipo alcohol y tabaco, y, técnicamente, eso se traduce en determinados diagnósticos sobre mis arterias y mis sístoles y diástoles. Hoy por hoy, gracias a Dios, no me duele ninguna viscera. Pero ahí está el colesterol. Ignoro lo que es el colesterol, desde luego. Es algo nefasto, según parece. ¿Cómo dudarlo? El doctor que me asiste me lo ha explicado catequísticamente unas cuantas veces. Quizá mi resistencia a entenderlo se deba a alguna predisposición inconsciente: o del «subconsciente», que lo mismo da. Pero el médico, por principio, suele tener razón. Contaba el señor Pijoan que, hablando con don Joan Maragall, el poeta le decía: «Mirí vostè, de medicina se'n sap ben poc, però el poc que se'n sap el saben els metges». ¡Seguro! Absolutamente seguro. Y siempre ocurrirá así: la Medicina será una ciencia cada vez más ágil y eficiente, y nunca conseguirá el objetivo final de que no nos muramos. Porque nos llegará el turno, y nos moriremos: unos tras otros, de espasmo o de garrotillo, no importa. Se trata de aplazar el desenlace fatal, y de mitigar los dolores físicos intermedios...

No me meto en honduras, y vuelvo a mi asunto. Soy uno de los innumerables vecinos que arrastra colesterol en su sistema circulatorio, con graves riesgos, por descontado. La recomendación del facultativo fue que me sometiera a unas dietas sin grasas animales, con muchas verduritas, y cosas así. En la medida de lo posible, me he resignado a ello. Mi entusiasmo por los comestibles es bastante mediocre, pero todavía lo es más por los comestibles recetados. Y, de pronto, hojeo las páginas de «La Vanguardia», y tropiezo con una advertencia alarmante. Un comunicado difundido en Washington por un seminario sobre dietética celebrado en Seattle, admite que la supresión del colesterol en los menús puede ser beneficiosa para el corazón, por ejemplo, pero perjudicial a los huesos. Sin un mínimo de colesterol nuestro esqueleto se depaupera: no absorbe la cantidad de calcio que necesita, y se reblandece. «Osteoporosis» sería el nombre adecuado. La noticia sostiene que la mitad de las señoras norteamericanas mayores de 60 años —y no digamos los señores— sufren complicaciones óseas por el escrutinio del colesterol. Ellas más que ellos, probablemente. Las damas, ya desencantadas de la «celulitis», que era una noción más de cosmética que de medicina, se aferran al miedo al «colesterol». ¿A costa de sus huesos?

Al escribir la presente nota, mi intención no es discutir la alternativa «colesterol-osteoporosis», respecto de la cual carezco de toda autoridad, incluso en mi condición de paciente. La verdad es que, cuando uno compra un fármaco, o lee un anuncio que lo promociona, nunca deja de advertir un apartado de «con-

traindicaciones», y eso le inquieta. Porque lo que es bueno para el hígado es pernicioso para el bazo: no siempre, pero a menudo. Nuestro vital y poético corazón, en los tratamientos que le cuidan, tienen repercusiones extrañas en un riñón, en una tibia o en vaya usted a saber qué glándula de secreción interna. Y viceversa: si la lesión afecta a la glándula, y le aplican un poco de química, nunca se sabe cómo responderá el corazón. O la osamenta. El oficio de médico —el difícil oficio de médico, ejercido con rigor— obliga a calcular los pros y los contras de la farmacopea... El otro día, yendo en el talgo de Barcelona a Valencia, tuve un vecino que, después de aguantar la cocina ambulante de la Renfe, ingirió siete —las conté— pastillas de diversos colores. Me imagino que cada grajea cumplía su misión. Pero ¿no eran muchas? Lo peor era la cara de buena fe del individuo que se las tomaba. No le hicieron daño: durmió su siesta como un canónigo.

Me temo que, hasta ahora, la Medicina hace lo que puede, y que a veces hace lo que no debe, en una aventura experimental. No me pondré tan serio como los profesionales de la «crítica sociológica» de la terapéutica, comenzando por el ex reverendo Illich. Este asceta, que es tonto desde donde se le mire, ¿nunca ha tomado una aspirina o se ha aplicado una cataplasma? El tierno episodio de «curarse», o, si más no, de «calmarse», comporta casi siempre unas correlaciones ignominiosas de fábricas, humos, multinacionales, desastres del «ambiente». Todavía no he conocido un solo «ecologista» de los innumerables que me rodean, que, ante una tímida migraña, en vez del optalidón opten por unas cuantas tazas de tisanas. Ni un solo «ecologista» que yo conozca prefiera el herbolario al farmacéutico. La verdad es que no coozco a ningún «ecologista» consecuente. Todos utilizan ascensores, taxis, sus seats, beben cubatas, toman medicinas industriales para salvar un resfriado o una úlcera. Y si llega el trágico trance del cáncer o del Parkinson, se arrugan. El médico, y el médico solvente, tiene entonces la palabra. ¿Con éxito? Quizá no. Pero los médicos sólo son los que saben de Medicina. Mientras no se demuestre lo contrario.

Sólo que ¿qué saben los médicos de Medicina? Más que nadie, claro. Lo repito suscribiendo la frase de Maragall, que probablemente tampoco era original suya. Pero ¿saben más del «colesterol» que de la «osteoporosis»? Y traducido a nivel de la clientela: ¿hemos de hacer dieta para eliminar un poco de colesterol, o hemos de ingerir colesteroles para endurecer nuestros huesos de ancianos? Este planteamiento es parcial. Pensemos en los enfermos del hígado o del estómago, y en los que tienen la dentadura infecta, o en los ya nacidos subnormales —y «subnormales» lo somos todos, empezando por los políticos mandamases de derechas y de izquierdas—, y en los muchachos de pub, cafetería o discoteca, que se les ve anémicos, y ni la ayuda del «porro» les anima. Afortunadamente, en cifras

de estadística, estos problemas son menores. En una pared de Sant Vicenç de Montalt, repetidamente, he leído una inscripción de espray: «Volem porros a duro». Es un precio inviable. Se «fuma» poco en todas partes, pese a lo que dicen. Y los chicos del porro ya son unos prearterioescleróticos como una catedral. No se escapan.

Y sea como fuere: ¿por qué hemos de optar, por un colesterol razonable o por una osteoporosis ignominiosa? Se lo preguntaré a mi doctor Lloret, cuando vuelva por casa. Es mi médico, mi amigo, mi interlocutor en temas políticos. El es comunista y yo no lo soy tanto. Pero me toma la presión arterial, me hace análisis de sangre, y me aconseja que no fume y no beba tanto como fumo y bebo. No se pone pesado. Ya sabe que mi oficio es escribir artículos como éste, sea cual sea mi estado de salud. Es un oficio «sanguinario», como ha dicho a menudo Josep Pla. Y lo es mucho más cuando uno se ve afligido por el colesterol y la osteoporosis, simultánea y adversativamente. Yo envidio, con envidia visceral, a mi amigo Josep Pla, que, a su edad, y sin colesteroles y sin osteoporosis, sigue en su brecha. O con ambas cosas. No me gustaría dejar de ser «liberal», en el buen y en el mal sentido de la palabra. Yo le preguntaría —se lo preguntaré de viva voz cuando vuelva a verle— si cree que eso de ser «liberal» depende de las arterias convertidas en leño: a más leño menos liberal. Yo ya me alegraría que Pla conviniese en que el «liberalismo» depende de la arterioesclerosis. O somos materialistas, o cerramos la tienda. Los críticos literarios, en el futuro, ocupándose de Josep Pla, habrán de fijarse en su historial clínico. ¿Su colesterol?

El colesterol es una ideología. Don Carlos Marx no pudo saberlo, porque el truco es posterior. A la lucha de clases se le ha de añadir la lucha contra el colesterol —que afecta a proletariado tanto o más que a la burguesía— y a la lucha contra la osteoporosis. Los «materialistas históricos», como yo, y como Josep Pla «malgrat lui», y como el resto de la compañía (aunque oía a Pla), tendremos que enfrentarnos con esa primaria verdad de que el «materialismo», antes de ser «histórico», es «biológico», por decirlo de algún modo. Y no me venga nadie arguyendo que el colesterol y la osteoporosis son derivados de la «lucha de clases». Volvemos al tema de la nariz de Cleopatra. ¿El colesterol de Lenin, el de Stalin? ¿El de los otros, de la acera de enfrente? O su respectiva osteoporosis... Son cosas que pasan. Y me quedo corto en las insinuaciones. Algún día un sociólogo me dará la razón: el colesterol es una «ideología». Una ideología más. Si los médicos no estuviesen tan intoxicados por otras «ideologías» ya lo tendríamos bien definido. No se sufre impunemente el colesterol. El colesterol es reaccionario. Mi médico, que por eso es comunista, me ayuda a cuidarme.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

PROTESTA DE UN PEQUEÑO TELEVIDENTE

Señor Director: Tengo siete años. Me gustan, como es natural, los programas infantiles. Cuando TVE tiene que recortar horarios, siempre quitan nuestros programas. Eso no está bien. Los mayores salen ganando. ¿Pueden arreglarlo? Gracias.

Marc MOLINE

MAS SOBRE LA PENNA DE MUERTE

Señor Director: De acuerdo, totalmente, con los firmantes de las cartas publicadas el 28 de octubre, D. de Giménez y R. Batalla Serrat. La pena de muerte no debe abolirse; toda persona que atente contra la vida de los demás merece la pena máxima; y que no vengan luego sus abogados defensores alegando que son enfermos mentales, como ya se está intentando con Esteban Romero. Pues suponiendo que verdaderamente este «hombre» estuviese loco y, después de estar un tiempo en el manicomio se curase, no tendría otra opción que quitarse él mismo la vida, pues su conciencia así se lo exigiría. Resultado: llenar más el manicomio para nada (y faltan camas).

Soy madre de cinco hijos y considero que sólo aplicando la pena de muerte contra violadores y asesinos, se podrá ir tranquilo por la calle. Las cárceles también están llenas, y no tenemos por qué alimentar, aunque sea «rancho», a esa clase de gente; ni siquiera esperar tanto tiempo para celebrarse el juicio. Si así se hiciera, y a los pobres que han tenido que robar para alimentar a su familia se los soltase, sobraría sitio en las cárceles. Por otra parte, es una vergüenza y una humillación para la ciudad de Barcelona que se nos haya pasado la película «El asesino de Pedralbes» (que ya ha sido prohibida en Méjico). Conmigo ya puede contar el firmante R. Batalla Serrat, pues no pienso ir a verla. Hace un año que no voy al cine, y mientras siga la racha de películas de sexo y violencia no iré porque no me pierdo nada. — L. GONZALEZ.

SEÑOR DIRECTOR:

Estimado señor Tirant lo Blanch. Analicemos al asesino de un niño de nueve años (no se olvide de una anciana también).

1. — Un demente no pide rescate en millones de pesetas, eso es de una mente fría y calculadora.
2. — La pena de muerte no es el máximo castigo. Podría serlo, por ejemplo, la muerte lenta por medio de torturas refinadas (¿impropia de civilizados?).
3. — Hay muchas religiones además de la cristiana. En nuestro Estado está por ver si es mayoritariamente cristiano. De todas formas, no se olvide de las palabras de Jesús cuando habla del escándalo.
4. — Para el acusado no será una liberación la pena de muerte. Es de considerar que la reclusión de 40 años con probables amnistías, indultos, y reducción de condena por buena conducta; asimismo la estancia en una de las modernas cárceles, con todas las comodidades, que se están gestando para el bienestar y reforma de reclusos, sería una maravilla y un bálsamo para el asesino y así poder olvidar sus crímenes.
5. — No sentiría ningún remordimiento en ser verdegato de un asesino, antes por el contrario actuando a cara descubierta esperaría el aplauso de millares de madres y seres indefensos que sólo desean caminar por el mundo en paz, orden y tranquilidad.
6. — Es por tanto, recomendable votar no o en blanco a la Constitución a fin de evitar la abolición de la pena de muerte, de lo contrario sólo nos espera el desamparo y el caos.

TIRANT LO NEGRE

Señor Director: Dos partículas con responsabilidad son: Si a la Constitución y no a la pena de muerte. Una Constitución más o menos perfecta, pero si un paso adelante para afianzarse en la democracia y nuestra vida social y política no sean de «provisionalidad», sino de normalidad. Votará si a la Constitución, primero por sentido común, el mío, y segundo porque la campaña de los «ultras» contra la misma me reafirman en mi decisión. No a la pena de muerte, porque el hombre que se ha vuelto salvaje o primitivo entra en la categoría de loco y

a los locos no hay que matarlos sino recluirllos hasta el fin de sus vidas, según cada caso. Es lógico que después de los últimos y dramáticos acontecimientos se hayan desencadenado en esta misma sección las demandas de pena de muerte porque además todos pensamos «...y si esto me pasara a mí, o a alguno de los míos?», la reacción colectiva es, «que lo maten». Pensemos, sin embargo, que las ansias de venganza colectiva se potencian de tal modo que podemos convertirnos en salvajes iguales a ellos, en nombre, claro está, de la justicia. Recluirllos, a los que se lo merezcan, para toda la vida es en mi opinión peor castigo que la muerte, por lo que no me considero más piadosa en mi demanda y pienso que la vida y la muerte sólo debe darla y quitarla Dios.

Juana POLO

¿SABER O APROBAR?

Señor Director: Supongo que en esto, en que los estudiantes están o deberían estar estudiando para saber, no habrá criterios disconformes entre las personas vinculadas a la educación. Amparados en este argumento, que me duele citar como algo por conseguir aún, los profesores de tercer curso de la tarde de la Facultad Central de Derecho, han decidido excluir de una forma radical todos los exámenes parciales del curso. Ello lo han realizado argumentando que éstos, los exámenes parciales durante el curso, rompan el ritmo y eficacia de los métodos de comprensión madura y racional.

Es duro y así lo expresaron en una asamblea conjunta profesores y alumnos, renunciar al más cómodo y asequible método de aprobar o ir aprobando. En dicha asamblea fue ello impuesto, y a mí me pareció una medida valiente e inteligente.

En dicha asamblea se planteó a los profesores: ¿Bajo qué estímulos se estudiará antes de rendir cuentas ante los exámenes? Los profesores quedaron sin argumentos ante esta pregunta, ya que alegaron la vieja enseñanza tan incumplida: «Se estudia para saber, no para aprobar». El objetivo de los exámenes es lograr a corto plazo una sólida y progresiva maduración de conceptos.

Por último es de agradecer la buena voluntad de este grupo de profesores cuyos planes aventuran un nuevo y más diáfano porvenir en el rendimiento universitario.

Jaime BRUTAU BASTE

A LA CAZA DEL BESUGO

Señor Director: Ignoro los motivos que han llevado a la feliz idea por parte de alguna entidad o federación para cambiar el nombre de pesca submarina. Sorprendentemente a este deporte ahora se le llama ¡¡caza submarina!! Si bien es cierto que «cazar» es la acción de buscar o perseguir a un animal para cogerlo o matarlo, su correcta aplicación es en el caso de que tal caza sea verificada en aire o tierra y a los animales cuyo hábitat normal sea esta última. Trasladándonos al líquido elemento, sea éste interior o marítimo, la acción de cazar significa poner tirante la escota de una vela, y no puede ni debe ser aplicada esta palabra al hecho de buscar o perseguir a un animal acuático. La razón es simple, igual que está bien definido lo que es cazar, pescar es capturar animales acuáticos en el agua, mediante redes, anzuelos, aparejos, arpones, etcétera, engañando o no al animal, o también sacar alguna cosa del fondo del mar o de un río. Debemos aplicar en toda su extensión nuestra rica lengua y no mentar la caza del atún, ni la caza de la almeja, ni la caza de la ostra. No pueden existir pescadores de conejos o cazadores de meros. No puede, por tanto, llamarse caza submarina a la pesca submarina. Ciertamente sonaría mal llegar a casa y decir: ¡Hemos cazado un pescador!

Alberto CANO FONT

N. de la R. — Escogemos con preferencia para su publicación —íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas respecto a cartas recibidas.